

Frente al fascismo: Nueva York y la Guerra Civil Española

James D. Fernández

El año pasado se presentó en Nueva York una exposición sobre la Guerra Civil Española que nos lleva a recordar permanentemente los peligros de la barbarie fascista. En su texto de presentación James D. Fernández —Director del Departamento de Español y Portugués del Centro Rey Juan Carlos I de España de la Universidad de Nueva York— nos recrea ese momento.

ANTES DE LA TORMENTA

Nueva York, 1936. Los estragos de la Gran Depresión todavía se dejan percibir en cualquier esquina de la ciudad. Ésta, por ejemplo. Una familia entera, con todas sus pertenencias, se encuentra tirada en la calle; han sido desalojados de su *sixth-floor walk-up* porque no han podido pagar el alquiler mensual. Si la familia tiene suerte, llegará un grupo de esos jóvenes fornidos de la Young Communist League, que se especializan en devolver a los apartamentos los muebles y enseres de las familias que han sido forzosamente desalojadas, para que puedan

dormir —aunque sea sólo una noche más— bajo un techo. Si no tiene suerte la familia, esta noche engrosarán las filas de una de las innumerables ciudades miserias que brotan como hongos en cada solar abandonado de la ciudad herida —los neoyorquinos las llaman *hooverilles* en honor al presidente al que le tocó presidir el *crash* de Wall St. y sus horrendas secuelas.

De los siete millones de habitantes que tiene la ciudad de Nueva York, casi el 75 por ciento son extranjeros o hijos de extranjeros. Estos recién llegados —muchos con recuerdos demasiado frescos de las múltiples catástrofes sufridas en Europa entre 1910 y 1920— observan

con creciente ansiedad la nueva y siniestra acumulación de nubarrones en el horizonte. Los inmigrantes de la ciudad, alemanes e italianos, judíos e irlandeses, al igual que españoles, puertorriqueños y afroamericanos, viven con particular intensidad y proximidad los sucesos que sacuden el mundo tras la profunda crisis financiera inaugurada en 1929. La prensa de la ciudad —más diversa, lingüística e ideológicamente, que nunca— intentará dar cuenta de la gran tormenta que se aproxima. Los neoyorquinos podrán leer de la invasión de Manchuria por Japón (1931), del acceso al poder de Hitler (1933), o de la invasión de Etiopía por Italia (1935) en diarios publicados en italiano, alemán, español, yidish, y ladino, entre otras lenguas. Desde luego, estos grupos étnicos, nacionales o religiosos no son nada monolíticos; los lectores de la prensa yidish podrán revelar sus tendencias ideológicas al optar por leer el *Forverts*, de corte socialista, o el *Freiheit*, de ideología comunista. (Según cuentan todavía hoy algunos ancianos judíos en Nueva York, ¡los lectores del *Forverts* no soportaban a los lectores del *Freiheit* y viceversa!). Hay en la ciudad, asimismo, órganos y organizaciones italianos, irlandeses, españoles y alemanes tanto de corte fascista como de corte antifascista, de todos los matices habidos y por haber.

A fin de cuentas, la Gran Depresión pone en cuestión la viabilidad de la democracia liberal y del sistema económico que la sustenta: el capitalismo. Muchos neoyorquinos, procedentes de una asombrosa diversidad de experiencias vitales y de tradiciones político-ideológicas, buscarán soluciones cada vez más radicales a las crisis de la época —desde el anarquismo, pasando por el comunismo y el socialismo, y llegando hasta distintas versiones del autoritarismo e incluso hasta el fascismo de corte netamente hitleriano. En este sentido también Nueva York es, una vez más, un microcosmos del mundo. Al mismo tiempo, hay “otra” América, dentro y fuera de Nueva York, aislacionista por naturaleza, y más ahora que nunca, tras el “gran error” de la Primera Guerra Mundial; una América que busca evitar a toda costa otra intervención en los turbios asuntos europeos. En medio de este clima explosivo, al presidente F.D. Roosevelt, le toca la tarea nada fácil de reinventar la democracia y el capitalismo, para que los americanos vuelvan a depositar su confianza en este sistema, y no en otro.

El capitalismo en plena crisis; la miseria económica generalizada; el auge simultáneo del comunismo soviético y del nacionalsocialismo alemán; el sueño abrigado por otro grupo minoritario pero vociferante que anhela una revolución social total; el aislacionismo casi congénito de un gran sector de la población nacional frente al intenso internacionalismo de otro gran sector; he aquí algunos de los factores principales que servirán de trasfondo para uno de los episodios más apasionantes —y menos conocidos— de la historia de la ciudad de Nueva



“Madrid, anarquismo, la Pasionaria, ¡No pasarán!”



“Un millar de neoyorquinos se alistaron en las Brigadas Internacionales”



“En las esquinas de las calles...”



"En los mítines de ésta o aquella formación política..."

York: la inaudita movilización de la ciudad catalizada en julio de 1936, cuando la sublevación de Francisco Franco contra el gobierno democráticamente elegido de España da comienzo a la Guerra Civil Española.

HISTORIA DE UN OLVIDO

A partir del 18 de julio de 1936, la palabra "España" estará en los labios de casi todos los neoyorquinos. Desde

los púlpitos de las iglesias; en los mítines de ésta o aquella formación política; en las esquinas de las calles; en las *living rooms* de las casas de los cinco *boroughs* de la ciudad; en las salas de redacción de las docenas de periódicos en otras tantas lenguas; en todos estos lugares, resuenan, con una asombrosa diversidad de acentos y de intenciones, las palabras claves de la conflagración española: Madrid, fascismo, Franco, Teruel, anarquismo, Durruti, Belchite, comunismo, La Pasionaria, Guernica, democracia, ¡No pasarán! Los neoyorquinos aprenden a pronunciar a su manera estas palabras, porque muchos están totalmente convencidos de que el futuro del planeta entero depende del desenlace del conflicto en España. La historia posterior demostrará que razón no les faltaba.

No obstante, esta movilización heterogénea y masiva, este inaudito interés en la ciudad por las cosas de España han sido rigurosamente borrados de la memoria histórica oficial de la ciudad y del país. La participación de los neoyorquinos en los debates sobre la Guerra Civil Española —y en la misma guerra, ya que un millar de neoyorquinos se alistaron en las Brigadas Internacionales y lucharon en España— se ha quedado totalmente eclipsada, primero por las catástrofes inmediatamente posteriores —la Segunda Guerra Mundial, y el Holocausto— y después por las largas décadas de la Guerra Fría y del macartismo, en las que no convenía para nada evocar aquellos tiempos de efervescencia ideológica en la ciudad y en el país. Eran tiempos de compromisos: algunos de aquellos fornidos jóvenes que subían las escaleras de los *tenements* del Lower East Side, cargando los muebles de las familias desalojadas, perderían sus vidas en Jarama, Brunete o Belchite.

El Museo de la Ciudad de Nueva York ha intentado rescatar del olvido este episodio tan apasionante, con la exposición "Frente al Fascismo: Nueva York y la Guerra Civil Española". Mediante un despliegue asombroso de imágenes, documentos y objetos de la época, y testimonios de sus supervivientes, la muestra recrea para el espectador contemporáneo este momento histórico, tan complejo y convulso, tan embarazado de futuros. **U**

Los neoyorkinos aprendían a pronunciar a su manera palabras como Teruel, anarquismo, Durruti, la Pasionaria, Guernica, ¡No pasarán!, porque estaban convencidos de que el futuro planetario dependía del desenlace del conflicto en España.